

RESEÑAS

cuando el propio Popper fomentó una lectura de su obra en confrontación con el totalitarismo fascista y comunista, agudizado por la posterior aparición de la guerra fría entre bloques. En cualquier caso es evidente que Popper prosiguió los debates con Wittgenstein a propósito del método de las ciencias sociales, como después se puso de manifiesto en el llamado *incidente del atizador* en Cambridge en 1947, o posteriormente en *Conjeturas y refutaciones* de 1963, así como en la numerosas discrepancias que por este motivo tuvo con sus propios seguidores, de las que también son una buena muestra su propia autobiografía. Evidentemente se puede cuestionar el sentido final que Popper quiso dar a este primer periodo de formación, pero es insostenible mantener que este primer periodo constituye un bloque cerrado lleno de enigmas, cuya solución deja inalteradas las versiones habituales sobre el resto de su trayectoria intelectual, como ahora pretende Hacohen.

Carlos Ortiz de Landázuri,

RIEGE, Stefan: *Die Ästhetik des Menschen. Über das Technische in Leben und Kunst*, Suhrkamp, Frankfurt, 2002, 518 págs.

La estética del hombre prolonga una sugerencia de Foucault sobre los inicios de la estética contemporánea en la formulación de la *ley psicofisiológica* de Weber y Fechner de 1846. Fue entonces cuando se justificó así una relación *asimétrica* y a la vez *retroactiva* entre estímulos fisiológicos y las respuestas psicológicas, capaz de justificar un complejo equilibrio de compensaciones recíprocas, y un proceso cada vez más sofisticado y ficticio de *normalización* del propio *gusto artístico*, sin poderle ya atribuir el carácter espontáneo y natural que con frecuencia se le asigna. En cualquier caso el descubrimiento de esta *ley psicofisiológica*, unida a las posteriores leyes de la Gestalt, o de la forma, permitieron iniciar una revisión metódica de las deformaciones habituales provocadas de un modo *irrebasable* por el propio 'a priori' *corporal y cultural*, sin que ya quepa hacerse falsas ilusiones al respecto. Hasta el punto que ambas leyes aportaron una mejor comprensión de los complejos procesos *disci-*

RESEÑAS

plinarios, o más bien *autodisciplinarios*, de *vigilancia y castigo* característicos de las distintas facultades mentales y estilos artísticos, tanto a un nivel sensible como intelectual, como especialmente se puso de manifiesto en el taller-escuela de Mettray, sin que ya nada escape a este proceso de *normalización social* del gusto estético.

Rieger defiende a este respecto dos tesis principales: 1) Las técnicas de *medición somática* de la medicina y de las artes del siglo XIX y principios del XX impusieron un sentido preferentemente *mecánico* de la *normalidad fisiológica*, como ahora se comprueba especialmente en los casos de Helmholtz, Heinitz, Bleuler, Quetelet, Grote, Hülse, Baerwald, Benn, Zinsel, Paconzeli-Calzia, prolongando a su vez las propuestas de Weber y Fechner, concibiendo el resto como una *anormalidad no-científica*, cuando más se debería haber concluido lo contrario; 2) Las frecuentes *anomalías* del modelo mecánico en el ámbito de la *intuición intelectual* se atribuyeron a la creciente capacidad creadora del espíritu humano, pero con una salvedad: se les atribuyó un carácter *provisional* y en sí mismo *irracional* mientras no se pudieran justificar a través de procesos de *imitación y simpatía recíproca* cada vez más irreflexiva, reducibles en última instancia al modelo mecánico anterior, como sucedió en Gross, Stricker, Wundt, Lipps, Lee, Kainz, Herzberg, Saran, Rutz, Dilthey, Plessner, Grunewald o el propio Kohler. Todas estas propuestas se justificaron en nombre de un *transcendentalismo empírico*, cuando más bien se deberían utilizado para demostrar el carácter provisional y ficticiamente a priori de estos procesos de *normalización* en el uso compartido de nuestras respectivas facultades mentales.

Para concluir una reflexión crítica. Es muy discutible que se les puedan seguir atribuyendo a estos procesos de *normalización somática* un carácter irreflexivo y generalizador, como ahora se sigue pretendiendo, aunque sea para rechazar su falso origen transcendentalista. A este respecto ya Gombrich hizo notar el carácter creativo y genial de estos procesos de *normalización estética* o simplemente metodológica, en gran parte debido a que su hallazgo depende del previo dominio de unos *arteficios figurativos* o simplemente epistemológicos, capaces de distinguir la dimensión *fisiológica* respecto de la meramente *psicológica*, como ya se puso de manifiesto en el debate sobre el *psicologismo* entre los propios neokantianos, cosa que ahora tampoco parece tenerse en cuenta. Además,

RESEÑAS

¿sería posible desconstruir estos mismos procesos de normalización estética y metodológica, para sustituirlos por otras formas de normalización igualmente unilaterales, sin remitirse a un punto excéntrico de reflexión trascendental, que ahora se debería afirmar como la condición de sentido de estos mismos procesos de normalización meramente somáticos?

Carlos Ortiz de Landázuri

SCHNEEWIND, J. B. (ed.): *Moral Philosophy from Montaigne to Kant*, Cambridge University, Cambridge, 2003, 666 págs.

La filosofía moral del siglo XVII y XVIII está representada por cinco sistemas morales emblemáticos, como son los de Hobbes, Butler, Hume, Bentham y Kant, aunque no fueron los únicos, como ahora se quiere destacar en esta antología de textos. Según Schneewind, una adecuada comprensión de aquellos cinco sistemas morales requiere un previo análisis del contexto continental más amplio de influencias recíprocas en el que se desarrollaron, destacando especialmente el impacto que en todos ellos ejercieron los *Ensayos* escépticos de Montaigne, con la aparición de una reflexión moral totalmente nueva, de la que también se hará eco Descartes, como recientemente ha señalado Ch. Taylor: la consideración de la vida cotidiana u ordinaria como objeto específico de una regulación moral autosuficiente, previa a su posterior justificación por recurso a Dios o a la propia espontaneidad de la naturaleza. De ahí el nuevo interés que ahora despiertan autores clásicos como Horacio, Cicerón, Séneca, Epicuro, el escepticismo de Sexto Empírico, que exigió a su vez una revisión de propuestas muy novedosas que ya habían anticipado Agustín de Hipona o Tomás de Aquino, aunque posiblemente sólo ahora se daban las condiciones para su posible realización. En todos estos casos se otorgó una gran importancia a la formación del propio carácter moral, por ser un requisito imprescindible para el posterior desarrollo de una vida civil autónoma respecto de otras instancias políticas de la República clásica, siendo posiblemente Maquiavelo el primero en sacar las consecuencias oportunas, a pesar de sus excesos.